

EL COLECCIONISTA

Iván Medina Castro

Especialidad en Literatura Mexicana, UAM (Azcapotzalco)

12

*Apréciase con qué horror se conoce la noticia de una sentencia de muerte,
con qué estremecimiento del alma se observan los preparativos,
y a la hora de la ejecución, la piedad que se siente.*

Arthur Schopenhauer

Después de tantos años de ausencia, sedienta eternidad, esta ceguera parcial no es sino un paréntesis que no tiene por qué estropear el esfuerzo de mi vida, harta de frecuentes horas de recuerdo.

Soy médico cirujano en retiro. Trabajé gran parte de mi existencia para la corte real hasta envejecer durante la mitad del reinado de Luis XVI. En la actualidad, mi único propósito ha sido obtener la mirada resplandeciente a modo de carbones encendidos de mi único hijo.

He aquí el avatar de la dicha a la desgracia, aunque recordar la manera en que inició todo es volver a transitar del ensueño a la pesadilla. Fue en un otoño similar a éste, donde el ramaje con suaves movimientos adornaba perenne los senderos con hojas ambarinas, y la evidente marchitez de los narcisos estaba por terminar. Remoto ayer en el que vivió su tierna infancia, creciendo en este barrio ahora más vacío, más extraño, más gris. Francia ardía desde sus entrañas y nadie estaba a salvo entre sus veredas. En los rostros del vulgo se observaba la facción desafortunada que muy pronto también adquirirían los aristócratas. Para el invierno —gélido como nunca— se palpaba el aspecto ruinoso por todas partes a causa de la desaparición de familiares y extraños, además del progreso de mi invidencia.

Mi hijo, hinchado de las justificaciones basadas en la proclama revolucionaria, decidió pugnar en contra de la casa real a la que serví con mis conocimientos y fidelidad. Yo no me opuse, pues consideré que ya era hora de socavar las bases del sistema monárquico que tan desfaliciente se encontraba.

Cierto día, gobernado por una oscura opresión, mi hijo ya no se sentaría más a la mesa que desde entonces continúa vacía. Preocupado por su tardanza, salí en su búsqueda y, conducido por el instinto —no así por la razón—, llegué a la Place de Grève previo a una ejecución; al estar allí, rodeado de tanta gente y sintiendo su ardor invadir mis venas a manera de un devaneo con la muerte, fui acometido de súbito por un impulso de completa morbosidad y, sin importar discernimiento alguno, me abrí paso entre la muchedumbre apiñada sólo para observar de cerca al exánime desdichado lamentarse sobre el cadalso. ¡Oh, divino creador! ¡Qué horrenda revelación me esperaba! Era la sangre de mi sangre quien ahora sería decapitado por una temible cuchilla de acero. Me quedé perplejo.

En seguida, sentimientos de desesperanza y pérdida acecharon mi conciencia, sin embargo, me opuse a mi derrotismo emocional y traté de llegar a él con la furia única de un padre al saber el desamparo de su crío, pero de todo ello no salió ninguna fuerza para mitigar la sentencia. Las huestes a palos impidieron mi camino. Me encontré postrado e impotente en el inmundo suelo, justo en el intervalo en que el verdugo activó la máquina mutiladora. A pesar de todo, mi hijo y yo intercambiamos una última mirada con la brevedad de un soplo hasta atestiguar cómo rodaba su cabeza hacia su destino. No hay consuelo posible ante semejante infortunio; aunque saber que la muerte rastrera careció de tiempo para apagar el fulgor fatal de sus ojos, ha sido la razón principal que me ha impulsado a reconstruir su mirada refulgente, plena en compasión.

Desde aquel amargo momento retenido en mi mente no volví a conciliar el sueño, por tanto, cada noche, en esos momentos de necesario descanso, veía un profundo destello proveniente de un par de ventanas que se movían a voluntad hasta transformarse en dos ojos de múltiples gamas; y de la puerta, transformada en boca, escuchaba la voz grave de mi hijo rogándome que reconstruyera su mirada. Entonces me reí del absurdo tormento, pero a raíz de esa petición recurrente, en lo absoluto me perdí inmolación alguna en la Place de Grève. Supe aprovechar esa asiduidad según mis intereses, pues en esos momentos de histeria y re-

torcimiento colectivo las personas se tornan más vulnerables y descuidadas. Una vez pactado con el jefe de guardia, recogía las testas ya separadas de su poseedor en un saco de cuero para llevarlas a casa. El flujo de cabezas no concluía y, aunque aparentaba fuente de eterna posibilidad, por más que de ellas recolecté, ningún par de ojos reflejó aquel brillo de unión filial. Escruté interminables ojos: zarcos, cafés, claros, oscuros, pero la totalidad de esas caras poseían una mirada de sombra. Armado de paciencia, me encerré tercamente en mi indagación, empero, cada intento se tornó inútil: cabezas, cabezas y más cabezas. Pese a ello, en ese instante empecinado, cerraba los párpados y lo evocaba, venciendo la distancia y el espacio, cosa que me hacía retomar con mayor ahínco mi búsqueda. Mil cabezas llegué a recolectar y aún las poseo conmigo, ocultas en el sótano –tan silentes–, apiladas unas sobre otras dentro de barreños, conservadas con miel de abeja. ¡Uno nunca sabe cuándo se podrían utilizar!

Una noche, sometido por el cansancio, dormía, cuando me acometió aquella alucinación referida, pero esta vez, la luz multicolor que emanaba de sus ojos era más clara, como filtrada por un cristal, y su voz, aunque incomprendible, se escuchó con suprema armonía que, en lugar de congoja, sentí una paz interna capaz de hacerme confesar ante el espectro de mi hijo: “Fracasé en reconstruir tu mirada, la ausencia de visión es total y mi fuerza ha cedido, nada puedo hacer contra el eco inflexible del paso de las estaciones. Ahora no me queda más remedio, sólo resignarme a reconocer que ya no podré saber ni penetrar en el sentido recóndito de tu ser y de tus pensamientos a través del centelleo de tus ojos”.

Mirame, Luis Arturo Noriega Collado.

